

ANÁLISIS DE COYUNTURA DE LA UTOPIA LATINOAMERICANA

JOSÉ MARÍA VIGIL

Managua

Una hora difícil

Hay que comenzar siendo sinceros y lúcidos: estamos en una hora sumamente difícil para la utopía y la esperanza de los pobres. Los acontecimientos internacionales de los últimos años (fin del socialismo real en Europa del Este, fin de la guerra fría, crisis de las revoluciones y triunfos electorales abortados en la izquierda de varios países latinoamericanos, mundialización del neoliberalismo en la producción, el comercio y las finanzas y algunas varias coincidencias que sirven de espejismos...) son un verdadero hito histórico que marca un antes y un después, un cambio de época más que una época de cambios.

Se hizo inviable la estrategia clásica de liberación: la emancipación local de cada país respecto al círculo de dominación capitalista apoyándose en el bloque socialista, con la subsiguiente emancipación de otros países en un efecto dominó... Y con ello se desarticuló todo un «imaginario social», una visión de conjunto, toda una «ideología».

Para todos los que vivieron con intensidad las luchas históricas, el cambio fue muy fuerte. Para muchos, «demasiado» fuerte. Lo que estaba en juego no era una teoría. Muchas personas sintieron que se les quebró el sentido de su propia vida, su interpretación de la historia y de sí mismos, las Causas por las que estaban viviendo y muriendo. El precio psíquico y espiritual que hubo que pagar ha sido alto: unos

se desorientaron, otros se rindieron y se redujeron a la lucha por la sobrevivencia, muchos pagaron incluso con su salud psíquica o con lesiones psicósomáticas... Los movimientos y organizaciones populares, por su parte, vieron bajar sus números, su vitalidad, su articulación, su esperanza. La sociedad como conjunto quedó en buena parte desmovilizada, refugiada en el individualismo de cuño (conscientemente o no) posmoderno: vivir el momento presente, refugiarse en el fragmento, prescindir de planteamientos globales (megarrelatos)...

Si en décadas pasadas hablaban los psicólogos sociales de la neurosis como la enfermedad social de nuestro tiempo, la enfermedad de esta hora es más bien la depresión: pérdida de la esperanza, de la autoestima, de los estímulos para reaccionar, deseos de huir o de suicidio...

Todo ello, junto a una derechización global de la sociedad, una entronización a sangre y fuego del neoliberalismo, con el concurso de muchos pobres que besan así el látigo que les fustiga, y un desprecio vergonzante de los compromisos pasados.

Y junto a ello también, por supuesto, un «resto» heroico, que se mantiene firme, convencido, «como si viera al Invisible»...

La hora es pues difícil. Se ha desarticulado un mundo, pero no amanece todavía un día nuevo... «Cuando teníamos las respuestas,

nos cambiaron las preguntas»: así lo puede expresar un graffiti en cualquier muro del Continente. Y todavía estamos captando las nuevas preguntas. Pero es necesario amanecer, madrugar al alba, y aunque sea temprano, pensar, interpretar, buscar una salida, diseñar una alternativa...

Hay una izquierda «radical» que manteniendo principios válidos e ideales justos no siempre logra conectarlos con las nuevas realidades mundiales. Hay otra izquierda «modernizante y realista» que, sobrepasada por estas realidades, ha abdicado de sus principios considerándolos inviables o utópicos. En ambos grupos hay una crisis de identidad, de orientación, de liderazgo. Y hay otros, hay aún muchos, que buscan, y buscan nuevas fórmulas, mientras trabajan apegados a la gente empobrecida y a la realidad, dando a diario su vida en las más variadas experiencias -pequeñas aún- de transformación individual y social.

Curar las heridas del pasado.

Muchos arrastran una interpretación demasiado negativa de «lo que pasó». Han introyectado la visión que su enemigo social les pretende inculcar. Muchos pobres piensan hoy que fue una imprudencia alzarse contra la injusticia, o que todo lo hicieron mal, o que fracasaron por sus propios errores, o que no era justo lo que se pretendía, o que, en todo caso, el pueblo no tiene capacidad para dirigir la sociedad, y por eso es

mejor que el neoliberalismo tome las riendas...

Con una visión así no se puede caminar utópicamente, pues se lleva el freno en el propio corazón. Hay que mirar hacia atrás con ojos limpios, y llamar a las cosas por su nombre desde la perspectiva de los pobres, no desde la de los intereses que les son contrarios. Quienes están abatidos y cedieron a la voz de la sirena deben recuperar la autoestima de la utopía: pocas veces en la historia ha habido tal derroche de utopía, de generosidad y de mística como en estas tres fecundas décadas. Reconocemos todos nuestros errores, sin dejar uno, pero, a la vez, no nos arrepentimos de toda la mística, el sacrificio, la entrega que hemos vivido en aras de las Causas más nobles que se han dado en esta tierra.

Muchos han de revisar ahora, con más calma, esos supuestos triunfos y fracasos. Ni triunfó el capitalismo (nosotros lo interpretamos como un fracaso ético y su triunfo sólo ha sido fáctico), ni fracasó la utopía: más bien fue aplastada, al ser enfrentada por una fuerza de poder y del dinero mundializadas. Saber fracasar, sin perder la claridad de la mente ni el fervor de la utopía, y tener autoestima en el éxito ético, aunque el coro de la masa se apunte al tanto más rentable de la moda de turno, saberse mantener firme ahí, es un triunfo superior, con mucho, al mismo triunfo externo histórico que tantas veces se llevan los fuertes por el simple hecho de serlo.

Memoria, fidelidad, creatividad

En esta hora necesitamos la fuerza y la fidelidad de los mártires, que se mantuvieron firmes «como si vieran al Invisible». Es decir,

hay que mantenerse lúcidos para no dejarse engañar; fuertes, para no dejarse arrastrar; viendo lo invisible, aunque sea soportando el desprecio de quienes sólo miran lo inmediato y lo rentable.

Frente a la amnesia general de una sociedad que no quiere recordar para no sentirse juzgada, la memoria, firme y serena, será nuestro gran apoyo.

Y frente a la claudicación de muchos, la fuerza para no comulgar con ruedas de molino: afirmamos con rotundidad que no ha llegado el final de la historia, que sí hay salida, que el neoliberalismo es injusto, y que no nos plegamos a la cultura de la desesperanza que nos quieren inculcar. Nosotros seguimos queriendo ser realistas: ¡pedimos lo imposible, lo utópico, un mundo diferente y fraterno, que sí es posible!

Y todo ello con una fidelidad creativa, original, que sabe cambiar de caminos para seguir persiguiendo la misma meta utópica.

Una nueva estrategia

Estos últimos años hemos atrevesado quizá la parte más difícil del camino. Nuestras opciones y utopías, a pesar de que hayamos sabido mantenerlas firmes y en alto, no tenían asidero concreto en una realidad histórica que pudiera ser considerada como su vehículo, su portavoz. La opción por los pobres, por ejemplo, no podía remitirse a ningún movimiento social o político en el que pudiera reconocer el testigo de su futuro histórico.

Pero empieza a amanecer, quizá. Nuevas luces aparecen en el horizonte. Unas nuevas coordenadas nos hacen redescubrirnos en un mundo mundializado que no habíamos tenido en cuenta.

Nos atrevemos a sostener que la perspectiva de la mundialización (que no ha de ser confundida con la globalización planetaria del neoliberalismo) ofrece posibilidades para redescubrir una nueva estrategia de liberación. En esta misma Agenda se habla de ello.

Resulta ser un tanto chocante, porque desde las nuevas perspectivas, lo que hace unos años era revolucionario hoy puede resultar reformista, y lo que antes eran valores estratégicos absolutos a los que había que supeditarlos todo como vanguardia, ahora han de pasar a la retaguardia... ¡Volver a aprender! Pero sabiendo que toda esta variación se da en el campo de las mediaciones concretas, más acá de ese trasfondo del corazón donde se mueven las utopías, que nunca dejaron de latir...

Al sentir que se recupera una nueva estrategia histórica de liberación, se descubre con gozo, para quienes lo han dudado por un momento, que estas opciones fundamentales y esas utopías de siempre siguen vivas y viables, aunque no sepamos todavía ni cuándo ni cómo podremos implementarlas, ni siquiera por dónde habrá de empezarse...

El adagio brasileño dice: «La esperanza nunca muere»; y hay que añadir: «Y si muere, resucita». Es hora de resurrección.

«Cuando creímos que no había respuesta, redescubrimos la pregunta», deberán decir pronto, de ahora en adelante, los grafiti sobre cualesquiera otros muros del Continente. Preguntas antiguas con respuestas todavía por estrenar. Sí, el alba está ya cerca. Hemos tocado fondo, y es preciso forzar la aurora del Día nuevo...

